



Editorial Circulo Rojo
www.editorialcircularojo.com



LA MEMORIA DE LOS IRLANDESES:
CÁDIZ Y LA FAMILIA BUTLER

LA MEMORIA DE LOS IRLANDESES: CÁDIZ Y LA FAMILIA BUTLER



LOURDES MÁRQUEZ CARMONA



Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularrojo.com



Primera edición: agosto 2015

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección *Investigación*

© Lourdes Márquez Carmona

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Germán Fernández Martín.

Diseño de portada: © Ramón Sánchez Pérez de Lara.

Ilustraciones: © Adolfo Valderas.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9115-196-8

DEPÓSITO LEGAL: AL 751-2015

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

PRÓLOGO

Estas páginas constituyen un ejemplo modélico de ejercicio de la Memoria histórica. Se trata de una exhaustiva y emotiva narrativa ambientada en el Cádiz del siglo XVIII, espacio para la vivencia de muchas familias de mercaderes, de gentes dedicadas a los negocios de la Carrera de Indias, el comercio con América y las aventuras marítimas.

Una familia de origen irlandés, de apellido Butler, de los cuales descende la autora del libro, la historiadora y arqueóloga Lourdes Márquez Carmona, es testigo de esta historia y de esta memoria histórica a través de la cual se transmite y se construye la vida en el Cádiz del siglo XVIII. La conservación y, sobre todo, la manera de transmitir esta memoria, ha dado lugar a una forma concreta de entender la identidad y la propia existencia.

Los seres humanos estamos conectados por lazos familiares y emocionales que se encadenan en amplias dimensiones espacio-temporales. Porque el tiempo y el espacio son dos aspectos innatos en la historia, esta narrativa de memoria histórica supone un ejercicio de comprensión del pasado más allá

de los análisis empíricos y cuantitativos. Es también un estudio genealógico llevado a cabo por los propios miembros de la familia Butler emparentados con otro apellido de ascendencia autóctona, García de Arboleya.

La genealogía y la transmisión de la memoria oral hizo que la identidad hispano-irlandesa no se perdiera en el tiempo y pasara a formar parte de ese largo recorrido historiográfico actualmente existente sobre las comunidades irlandesas en la Monarquía Hispánica entre los siglos XVI al XVIII. La historia de las colonias irlandesas ha sido analizada desde varias perspectivas interesantes: los negocios familiares y las compañías de comercio, la presencia de irlandeses en el clero y el ejército, y su papel en las amplias relaciones políticas de la Monarquía, considerados incluso a veces como una “quinta columna” de la causa católica jacobita en el trono inglés, razón por la que a veces eran objeto de recelo por parte de las colonias de mercaderes ingleses no-católicos. La comunidad hispano-irlandesa ha sido quizás, junto a la francesa, la flamenca y la genovesa, una de las que más atención han atraído por los especialistas. Los trabajos existentes describen a estos inmigrantes irlandeses como viajeros incansables, transeúntes en una buena parte de los casos (al igual que sucedió también con otras comunidades), sabios en cosmopolitismo y negocio pero aferrados a tradiciones intelectuales y religiosas corporativas y tradicionales. Los irlandeses eran buenos negociantes y buenos constructores de memoria.

La narrativa que entraña esta memoria histórica está vinculada a uno de los procesos sociales y económicos más importantes que la ciudad de Cádiz haya vivido a lo largo de su historia: la inmigración y consolidación de comunidades de origen extranjero en los siglos de la Edad moderna, fenómeno

que alcanzo un clímax a partir de la mitad del siglo XVII y hasta el ocaso del XVIII, cuando Cádiz fue escenario y testigo de acontecimientos dramáticamente vinculados a las guerras con Francia e Inglaterra. Dicha narrativa espacio-temporal se enmarca en un contexto determinado, condicionado por cambios que se produjeron de manera acelerada a partir de la década de 1660, cuando Cádiz se convirtió en el punto de mira de muchos miembros de estas comunidades, que desde Sevilla y otras ciudades portuarias del imperio se desplazaron a Cádiz para comerciar. La ciudad se convirtió en ese momento en una capital imperial. En este contexto, la historia de las comunidades mercantiles extranjeras de Cádiz es una Historia con mayúscula abarcada científicamente desde diversas perspectivas humanísticas y sociales. La historiografía sobre las colonias de mercaderes extranjeros se ha centrado básicamente en dos ejes temáticos: la dinámica entre nación extranjera y consulado, visto desde una perspectiva socio-institucional y político. Por otro lado se han analizado las cuestiones económicas, socio-religiosas y culturales, redundando en el funcionamiento de las compañías privadas de comercio, el papel de los mercaderes como consignatarios y comisionistas, las cofradías de mercaderes y su impacto social, cultural y religioso en la ciudad.

Cádiz fue habitáculo, desde el siglo XV, de nutridas colonias de mercaderes, la mayor parte de ellos conectados a las redes internacionales de financieros y mayoristas asentados en otras tantas capitales económicas europeas y de Ultramar. El caso de Cádiz no es en realidad diferente al de otros centros mercantiles de la primera Edad global y su contextualización ha sido ampliamente destacada en trabajos citados a lo largo

de las páginas que siguen. El propio interés de las casas de comercio de Holanda, Francia, Inglaterra, Irlanda, Suecia, la República de Génova o el propio Imperio por colaborar en el mantenimiento de ciertos enclaves económicos en las costas españolas se refleja incluso en la correspondencia mercantil de la época, en la conveniencia por la defensa de los consulados de comercio extraterritoriales e incluso en obras contemporáneas, a veces escritas incluso por negociantes. Unos y otros testimonios ilustran la funcionalidad que Cádiz tenía para estas colonias como centro de intermediación, re-exportación, almacenamiento y depósito de capital tanto para sucursales como para comisionistas.

Además, estaban las cuestiones navales, ya que Cádiz se convirtió también en una importante ciudad-arsenal, núcleo posterior de un astillero, La Carraca, y de un fuerte movimiento portuario que sobredimensionaba las propias características geográficas de su limitada bahía. La mayor parte de aquellos comerciantes extranjeros eran comisionistas y consignatarios, y con su quehacer diario daban vida a la ciudad portuaria y a la propia economía local y nacional. Como sucedió en el caso irlandés, maravillosamente descrito en historias personales como la que se ilustra en este libro, los mercaderes de origen extranjero enriquecieron la vida cultural y material de las ciudades donde se asentaron. Asimismo, las ciudades portuarias donde se establecían estas colonias de mercaderes extranjeros funcionaban como un área de traducción política y mercado de encuentros entre ciudadanos. Estas urbes eran un mundo muy pequeño. Y en este microespacio, los mercaderes extranjeros utilizaban sus vínculos de paisanaje determinados por su referencia geográfica de partida, con objeto de establecer vínculos de sociabilidad, tanto a través de creaciones institu-

cionales como a través de otros mecanismos de simbiosis y relación social.

La experiencia diaria vivida por estos comerciantes es algo que se ha podido constatar en muchas ocasiones gracias al entrecruzamiento de fuentes notariales, correspondencia privada, cuando la había, documentos oficiales de estado localizados en los archivos europeos y en otros tantos testimonios escritos por los propios protagonistas. Lourdes Márquez Carmona construye así una narrativa histórica basada en la memoria familiar. Porque los seres humanos pertenecemos, no al lugar donde nacimos sino al lugar donde elegimos morir, la identidad y la memoria sirven para reivindicar nuestro espacio-tiempo en la Historia, y para, como dice la autora de este inigualable trabajo, remediar el olvido.

Ana Crespo Solana, historiadora y científica del CSIC.

Finisterra, Galicia, junio de 2015

DEDICATORIA

A mi madre Carmen Carmona García de Arboleya, a mi tía abuela Adoración García de Arboleya Cañas y a mi bisabuelo Arturo García de Arboleya Butler, por saber transmitir generación tras generación, a través de la memoria, la procedencia de la familia Butler.

A mi tío Arturo Vegas García de Arboleya por conservar los pocos documentos familiares que han subsistido al paso del tiempo, e intentar junto conmigo preservar la historia familiar.

A los técnicos y amigos, Ana Becerra y José Ramón Barroso, del Archivo Histórico Municipal de El Puerto de Santa María y del Archivo Histórico Provincial de Cádiz respectivamente, por su ayuda en la labor de bucear entre la documentación histórica.

A Rocío Castillo, por ser hace años mis ojos en Irlanda en busca de información documental.

Por el tiempo robado para bucear en mi pasado familiar.

A mi red de correspondientes, en esta ocasión, tanto a los que residen en España como a todos esos familiares irlandeses con apellidos Butler o Buteler habitantes de los cinco continentes. Y por supuesto a los irlandeses que vinieron y decidieron quedarse en

Cádiz, este rincón de la Península Ibérica que debería mirar a su gran pasado comercial y aprender de él.

In memoriam de mi querida y recordada amiga Mariola.

A Melosina Lenox-Conningan, secretaria de la “Butler Society” que desgraciadamente ya no está tampoco entre nosotros y que hace diez años cuando la visité en su casa en Kilkenny me instó a que no olvidara a la familia Butler y que regresara. Sus palabras literales fueron: *Dont’forget us, come back to Kilkenny*.

Y por último, a David Butler, presidente de la “Spanish Butler Society”, por su inestimable ayuda para documentar este trabajo y facilitar que los Butler de Cádiz recordáramos datos de nuestra procedencia irlandesa que habíamos olvidado.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	21
CAPÍTULO 1. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA...	25
CAPÍTULO 2. LOS BUTLER: UNA FAMILIA NORMANDA EN IRLANDA.	41
CAPÍTULO 3. CÁDIZ Y LOS BUTLER EN EL SIGLO XVIII.....	89
CAPÍTULO 4. VIDA DE LOS IRLANDESES EN EL CÁDIZ DEL SIGLO XVIII: CONEXIONES FAMILIARES, VIVIENDAS Y MOBILIARIO.....	135
CAPÍTULO 5. CÁDIZ Y LOS BUTLER EN EL SIGLO XIX.....	173
CAPÍTULO 6. LA DESCENDENCIA DE LOS BUTLER DE BALLINAKIL O BALLIKEIFE.....	225
CONCLUSIONES.....	255

INTRODUCCIÓN

Por tercera vez en mi vida me enfrento a la tarea de rellenar las páginas de un libro, en un intento de reconstruir la Historia con mayúscula a partir de “historias” personales. Sin embargo, en esta ocasión ese proceso está vinculado con mi propia existencia, pues si un irlandés de nombre y apellidos William Butler Langton no hubiera decidido instalarse a principios del siglo XVIII en Cádiz, floreciente ciudad burguesa del sur de España, yo no podría estar escribiendo estas líneas doscientos ochenta y cinco años después.

Durante mi infancia siempre escuché a mi madre, Carmen Carmona García de Arboleya, hablar con orgullo del apellido Butler y de los orígenes irlandeses de la familia. Su pronunciación se había castellanizado en Cádiz, como tantos otros apellidos extranjeros presentes en la ciudad andaluza, reflejados en guías históricas locales, como la muy conocida Guía Rosetty, incluso en las actuales guías telefónicas. De modo que fueron normalizándose entre la población de Cádiz los apellidos Bocanegra, Parodi, Lasquetti, Gordon, Macpherson, Terry, Leyton, etc, fruto de la gran emigración comercial de

genoveses, franceses, ingleses, irlandeses, etc, desde que comenzó lo que conocemos como la *Carrera de Indias*, la ruta que unió a España con América a lo largo de tres siglos.

El traslado de la Casa de Contratación de Sevilla a Cádiz en 1717 supuso para el puerto gaditano el monopolio del comercio con América, controlando las enormes riquezas, materializadas en barras de plata, oro, especias, etc. que desde allí se enviaban y canalizaban hacia Europa.

Cádiz, la conocida *tacita de plata*, fue el destino por vía marítima de un importante número de comerciantes de diversas nacionalidades, que en función del éxito económico decidieron afincarse en la ciudad y establecer sus propias familias, hasta que sus genes fueron fusionándose con familias españolas; con lo cual al cabo de tres generaciones se sentían totalmente integrados en la clase burguesa gaditana. Si la descendencia era masculina el apellido seguía conservándose con el paso de las generaciones, pero si por azar era femenina, la pérdida del linaje era un hecho consumado. Fue inevitable en el caso de uno de los descendientes de William Butler Langton, mi bisabuelo, Arturo, hijo de Francisco García de Arbolea y Duval y Sofía Butler Carmona. Fue el último que lo conservó fundiéndose en él dos apellidos de familias de prestigio de la época, García de Arbolea y Butler, aunque en otras ramas gaditanas siguieron conservándose ambas designaciones.

Como era característico en los descendientes de los comerciantes afincados en la ciudad, Arturo dominaba la lengua francesa, lo que le permitió ejercer de profesor de este idioma. Su preocupación por transmitir la procedencia irlandesa de la familia se materializó en la elaboración de un árbol genealógico, en un documento sobre una herencia per-

dida en Irlanda, incluyendo la procedencia de su estirpe de las ciudades irlandesas de Kilkenny y Galvia, castellanización de Galway.

La transmisión oral fue fundamental para que esa conciencia de provenir del país celta no se perdiera y así fue como me embarqué en la tarea de investigar en el pasado familiar, tan imbricado con la propia historia de Cádiz, la ciudad donde nací. Urbe que, como indudablemente sabemos, posee un rol muy importante en la historia de España desde la antigüedad.

Obviaremos ese pasado más remoto para realizar un paseo por el Cádiz del siglo XVIII y principios del siglo XIX, reconstruyendo el proceso histórico a través de pequeñas vivencias personales que son las que al fin y al cabo van construyendo esa gran Historia del ser humano en todos los ámbitos geográficos y culturales. Como expresé anteriormente, al investigar el pasado familiar trataremos la historia de esta capital andaluza en su aspecto comercial, económico y político, al mismo tiempo que grandes acontecimientos de la Historia de España, como comprobará el lector si decide *navegar* por las páginas siguientes.

No obstante, previo a su recalada en Cádiz, he creído conveniente hacer un pequeño recorrido por la historia de Irlanda, teniendo como hilo conductor la familia Butler, para que los descendientes de los irlandeses tomen conciencia del sentido de su presencia en países como España,. Soy consciente de que es un capítulo con gran cantidad de datos que arranca en el año 1100 d.C. pero creo que era necesario darlos a conocer a aquellos que olvidaron, después de trescientos años en España, su proveniencia de Irlanda. Y justamente ese es mi propósito, remediar ese olvido mediante el siguiente trabajo de investigación.

CAPÍTULO 1

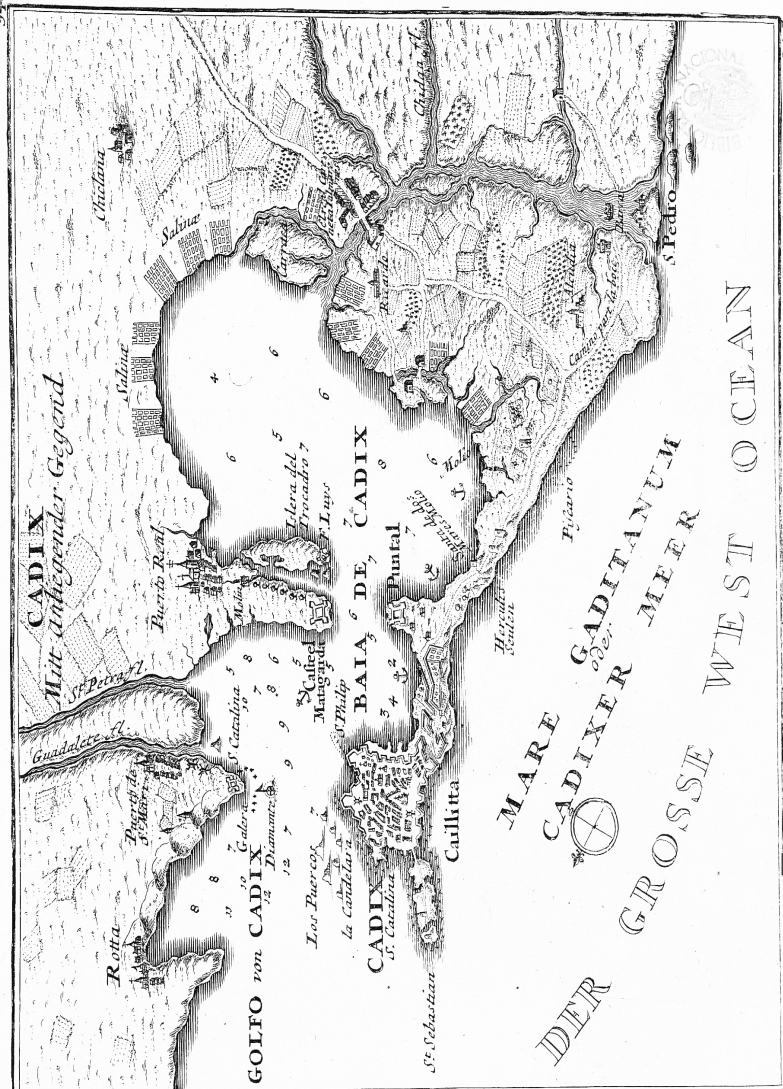
CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA

La trimilenaria ciudad de Cádiz ha absorbido desde la antigüedad a diversidad de culturas que arribaron por vía marítima a sus costas y decidieron quedarse en el sur de la Península Ibérica, atraídas por las condiciones inmejorables de su propia geografía. Durante épocas históricas, como analizaremos posteriormente, se debió asimismo a motivos económicos y en la actualidad ese flujo continúa, con la potenciación del sector turístico debido a su excepcional clima.

La Bahía de Cádiz ha sido desde tiempos inmemoriales una buena zona de refugio, un puerto natural de primer orden en el cual fenicios, griegos y romanos anclaron sus naves mercantes y de guerra, conscientes desde un primer momento de sus posibilidades portuarias y estratégicas. [Fig. 1].

CADIX.

Eine Kluge Incul-
naten Andalusien,
in dem Königreich Spa-
niens, liegt die Bay von
Cadix, auf welcher eine
Flotte gleicher Ma-
nen, samt dem Flotten-
da der Spanische Völ-
ker Flotte fließt aus
und zurück, und schon
zu sehen ist, daß schon
großen ruff und un-
ter Komischer Volk-
müßigkeit gewesen;
hüßlich dem nicht-
schen Etwas schüch-
oder zuweilen Euro-
pa und Africa sich
begeben den Meere
Der Beschäftigung
der Incul geordnet
zu den Etwas Beschäft
zu sehen ist, daß schon
Holländer die Insel in-
ten, die gemein Schiffe
schon, die gemein
haben, nicht ins
werck richten.



Biblioteca Nacional de España

Fig. 1. Mapa de la Bahía de Cádiz y sus inmediaciones. John Rocque, 1762. [Biblioteca Nacional de Francia / GE-SH 18-PF 61-DIV 3-P43 D].

R.

Cristianos y musulmanes también supieron valorar la inmejorable geografía de este territorio y se disputaron durante siglos su dominio tanto por tierra como por mar. Durante la época de la reconquista cristiana, algunos núcleos poblacionales pertenecían a importantes nobles que no estaban controlados por la corona, como sucedía con El Puerto de Santa María y la Isla de León (actual San Fernando), pertenecientes al duque de Medinaceli y al duque de Arcos, respectivamente. No obstante, a fines del siglo XV, la monarquía fue consciente de que no poseían ningún establecimiento portuario propio en esta zona. Para solucionar esta situación deficitaria se planteó la fundación de la villa de Puerto Real en 1483. Lugar desde donde se gestionaría en un principio el tráfico naval para Indias.

La apertura de las vías de comunicación marítima con el continente americano propició que, en España en general y en Cádiz en particular, se iniciara una época de esplendor fruto del comercio con aquellos territorios.

Desde un primer momento los Reyes Católicos adoptaron una política de control, canalizando todas las transacciones mercantiles a través de dos ciudades del sur: Sevilla y Cádiz. En la primera se instaló la institución administradora, la Casa de la Contratación. Lógicamente, entre ambas ciudades surgirían rivalidades con motivo de controlar toda la riqueza que generaba ese trasiego de barcos entre la metrópolis y América. Sevilla poseía un buen puerto de entrada en la desembocadura del Río Guadalquivir: Sanlúcar de Barrameda. Sin embargo, la Bahía de Cádiz ofrecía un magnífico resguardo para que las naves fondeasen, durante la época en que las inclemencias del tiempo obligaban a mantener paralizados los barcos. La rivalidad y competencia entre ambas poblaciones fue continua desde el principio. Pero el tiempo y los problemas demostra-

ron que era más lógico el traslado de ese organismo a Cádiz. Ésto se realizó después de muchas discusiones y pleitos entre ambas poblaciones en 1717, mediante un decreto firmado el 12 de mayo¹.

Los continuos desastres que sufría la flota de galeones intentando remontar el río Guadalquivir debido a problemas de calado y al poco resguardo que tenía el fondeadero de la desembocadura, donde la flota debía aguardar a una marea favorable que permitiese remontar el curso navegable hacia Sevilla, junto a los continuados naufragios producidos en la *Barra de Sanlúcar*, contribuyeron a adoptar dicha decisión.

No obstante, es indudable que ambas ciudades constituyeron los pilares fundamentales sobre los que se asentaría toda la actividad comercial con los territorios de ultramar. Un gran volumen de mercancías manufacturadas, tanto españolas como de otros países europeos, eran embarcadas en los navíos que aguardaban anclados en ambas zonas portuarias. Esos mismos navíos almacenaban, en sus viajes de retorno estibados en sus bodegas, género comercial muy variado y de un valor extraordinario: metales nobles como el oro y la plata, palo de Campeche, tabaco, cacao, especias, etc.; incluso transportaban como lastre, maderas como la caoba. Dada su calidad, este último material era reutilizado para fabricar las puertas o muebles destinados a las viviendas de los ricos comerciantes de Indias. De hecho aún permanecen en ellas portones de caoba que permiten el acceso, como testigo mudo de un pasado esplendoroso, a las casas palacios que tanto caracterizan a la arquitectura civil de la urbe gaditana.

¹ GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, A. *Cádiz y el Atlántico (1717/1778): el comercio colonial español bajo el monopolio gaditano*. Cádiz: Diputación Provincial, 1988. v.1; (Colección de clásicos gaditanos). p. 211.